

bien!» Seguidamente mandó el real paciente que le cortasen las uñas y lavasen las manos por reverencia del Sacramento, y porque le iban á ungir pronto con el Santo Oleo. «Mandó también que su hijo el Príncipe y Rey nuestro señor que ahora es, se hallase presente porque tuviese noticia de lo que era este Santo Sacramento, que tan raras veces lo ven administrar los reyes: creo há muchos años no se han visto juntos padre y hijo en él como ahora se vieron»<sup>1</sup>.

Aquel gran Monarca, fundador del asombroso monumento en que moría, recibió al fin en cabal juicio y entero conocimiento la Extremaunción con mucha humildad y reverencia, queriendo antes confesarse nuevamente de los pecados todos de su vida, para que tan saludable Sacramento le fuese administrado en gracia. Dice el P. Sigüenza, allí presente, que le administró Loaysa, Arzobispo de Toledo, quien se turbó más de una vez, y cualquiera se turbara por causa de la gran majestad del Rey. Hallábanse allí angustiados y de pié el Príncipe heredero D. Felipe, varios caballeros y señores de la Real Cámara, tres confesores de las personas reales, el Prior del Monasterio y algunos religiosos señalados por el mismo Soberano. Y aquí añade el citado historiador lo que sigue: «Parecióme según la entereza con que el Santo Rey lo advertía y respondía á todo, que no tenía mal ninguno, y que se anticipaba mucho aquel Sacramento... Pues tuvo siempre tan claro el juicio, que una hora antes que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía... Al día siguiente llamó, después de la Unción santa, á su confesor, y le habló con semblante alegre, y le dixo que nunca en su vida se avia visto tan consolado, como despues de haber recibido aquel Santo Sacramento, y

<sup>1</sup> «En certificándose el buen Rey que su mal le dava priessa y que yva acabando, después como dixe de aver comulgado dos veces pidió le diessen con tiempo el Sacramento de la Extremaunción, por el peligro que avia, que estando tan consumido, algun accidente no le llevasse ó no diesse lugar para recibirlo con entero juyzio... Aquí también nos quiso dexar un notable exemplo de su piedad y religión. Mandóle á su confesor que le llevasse el Manual, libro por donde se administran los Santos Sacramentos, y le leyese todo lo que á éste tocava, sin dexar letra, etc...» Libro, historia y páginas citados.

que avia experimentado parte de su fruto: y lo mismo dixo á otros que le preguntaron si se avia cansado, significando que avia recibido grande alivio en el cuerpo y en el alma»<sup>1</sup>.

## II.

## SIGUE LA ENFERMEDAD.

El pío Monarca, enfermo y abatido como se hallaba con los dolores de la gota, siempre deseoso de la honra de Dios, servicio de la Iglesia y bien de la patria, tomó alientos y cierta manera de inspiración religiosa, y mandando á los allí presentes que se retirasen, dió señales á su hijo para que permaneciese al lado de su lecho. Cumplido así, y estando á solas con él, tomóle de la mano y le dirigió estas palabras aquí copiadas porque sirvan de lección y de consejo á los reyes de las naciones y á los padres de familia. «Hijo mío, le dijo, he querido que os hallásedes presente en esta hora, y que viésedes cómo he recibido este Santo Sacramento... Y porque veais en lo que paran las monarquías de este mundo. Ya veis, hijo mío, cómo Dios me ha desnudado de la gloria y majestad de Rey para dárosla á vos. A mí, me vestirán dentro de muy pocas horas de una pobre mortaja y me ceñirán con un pobre cordel. Ya me cae de la cabeza la corona de Rey: la muerte me la quita para dárosla á vos. Dos cosas os encomiendo mucho. La una, que permanezcais siempre en la obediencia de la santa Iglesia Católica. La otra, que hagais justicia á vuestros vasallos. Tiempo vendrá en que esta corona se os caiga de la cabeza, como agora se me cae de la mía. Vos sois mancebo; yo

<sup>1</sup> «Primero día de Setiembre, á las nueve de la noche, recibió el pío Rey fundador la postrera Unción con mucha devoción y reverencia, aviéndose confessado primero... Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el Príncipe su hijo, y con él algunos cavalleros de su casa y cámara...» Sigüenza, en la parte y páginas arriba dichas de su *Crónica de la Orden de San Jerónimo*.

lo he sido. Mis días estaban contados, y ya se han acabado. Dios sabe la cuenta de los vuestros y también se acabarán»<sup>1</sup>.

Otros autores de aquella misma edad refieren, cómo estando el Rey muy grave y á solas con su hijo, le habló las palabras dichas, añadiéndole que mirase mucho por el esplendor y defensa de nuestra Religión santa y por la entereza de la fé católica, observando justicia y administrándola á todos con equidad; que su vida é industria de gobierno fuesen tales, que no se cargase nunca ni manchase su conciencia. Muchas otras frases y consejos dados por el Rey al Príncipe su hijo en trances y momentos tan amargos, apunta Nieremberg en las *Virtudes de las coronas*. Hé aquí sus palabras: «Mandóse descubrir las llagas grandes que tenía, y le dijo: Ved, hijo, cómo trata el mundo y el tiempo á los reyes y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre. Considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible, de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé cómo será: mirad qué hará á quien se derramare más. Mostrándole tras esto un Crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: Con este Crucifijo murió, hijo mio, vuestro abuelo el Emperador, mi señor, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo, reverenciando esta santa imágen de Dios, como lo debeis, y hicimos Su Majestad y yo, y merecereis las mercedes que puede haceros. Y esta sangre desta disciplina no es mia, sino del Emperador mi señor, pero héla guardado porque aprovecha para que nos acordemos de que nosotros mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma. Tomad y guardad estas reliquias, teniéndolas en mucho, y quedad con Dios, bendecido de El, como

<sup>1</sup> Véase el *Origen de las dignidades seculares de Castilla y de León*, en el libro IV, por Salazar de Mendoza. Lo sustancial de tan profundo como tético discurso del Rey Prudente á su hijo, enarra igualmente el P. Sigüenza diciendo: «Salímonos todos; quedóse á solas con su hijo, y el mismo Príncipe y Señor refirió después que le dijo su padre estas palabras: He querido que os halleyis presente á este acto para que veays en qué pára todo, etc.» Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 680.

de mí; y bendiciéndole como pudo, le dejó y no le vió más»<sup>1</sup>.

Asimismo Salazar de Mendoza en la citada obra confirma cuanto sobre este punto se acaba de leer. Porque añade que, en concluyendo el pio Monarca aquel tan religioso como profundo discurso, llamó al padre confesor y le suplicó trajese á sus manos un cofrecito de marfil conservado con mucha veneración en un estante allí inmediato. Y abriéndolo D. Felipe con ayuda del ministro de Dios, sacó de él un Crucifijo y una disciplina; ambos objetos entregó al Príncipe su hijo, pronunciando con trabajo las palabras siguientes: «El Emperador mi señor murió teniéndole en la mano, y yo quiero morir con él. Ruego á Dios de que vos le podais tener en la vuestra á la hora de vuestra muerte. En la disciplina podreis mezclar vuestra sangre con la de vuestro padre y abuelo.» Todos estos pormenores merecen verse aquí copiados; porque cuadran maravillosamente á lo sustancial de este capítulo, y corroboran la idea ó concepto que del Católico Monarca han escrito los historiadores de aquella época. Los Libros Santos, así del Viejo como del Nuevo Testamento, significan que cual es la vida, así es la muerte. Y como la del Rey Prudente fué tan santa y ejemplar cual se ve, no hay sino decir que su vida sin duda fué, no de iniquidades y licencia, sino de virtudes y buenas obras<sup>2</sup>.

Y es aún cosa muy de admirar que D. Felipe no dejó de la mano los asuntos del gobierno de sus Estados hasta el día en que le dieron la Santa Unción. En aquellos momentos pareció como que se despedía del mundo para siempre, volviendo los ojos solamente al gran negocio de su alma. Desde entónces hasta que espiró jamás perdía la presencia de Dios, ni hacía sino pedir y suplicar á los religiosos acompañantes que le hablasen y leyesen sin cesar cosas celestiales y de espíritu. Y era tan incansable en esto, que según el claro Sigüenza, remu-

<sup>1</sup> *Obras filosóficas* del P. Juan Eusebio Nieremberg, tomo III, folio 269 vuelto. Sevilla, 1686.

<sup>2</sup> «Al punto de morir, llamó al padre, pidió un cofrecito de marfil y sacó de él un crucifijo y una disciplina, se lo dió al Príncipe y dijo..., etc.» Salazar de Mendoza en el libro IV de su *Origen de las dignidades seculares de Castilla y de León*.

daba á los sacerdotes «y á todos daba en que entender en esto, que parece cosa milagrosa tanta perseverancia y entereza. Cuando sentía cansado á su confesor, llamaba al de su hijo y luego al de la señora Infanta, para que cada uno le animasse, exhortasse, y advirtiesse de quanto les parecía importante para aquel punto: y mandó que se pusiesse por obra lo que le dixeran de importancia ó por medio de su confesor, ó de las personas á quien podía encomendarse»<sup>1</sup>.

En aquellos mismos días tan tristes y de tanto padecer, quiso el católico Monarca protestar ante Dios y los hombres que era voluntad suya acabar como había vivido, creyendo en todo cuanto manda creer la Santa Iglesia católica, en comunión, amistad y obediencia del Romano Pontífice, Vicario de Dios en este mundo, de los Obispos, Sacerdotes y demás ministros del Altar. Todo esto, como escribe el susodicho cronista, «avia él mostrado bien en el discurso de su vida y lo dejamos advertido en cien lugares desta historia». No importa que á veces se muestre este gran Monarca celoso de sus privilegios y regalías, porque en ello no se atribuyó ni creó derechos, ó nuevos sistemas, que como los revolucionarios del tiempo de Carlos III, hiciesen nacer el poder eclesiástico de los poderes civiles, sino que procedió conforme á ley, privilegios y costumbre de los reinados anteriores. Por lo cual hizo entonces el augusto enfermo aquella profesión de los dogmas, moral y fe del catolicismo, manifestando con la sinceridad de quien debía comparecer muy pronto en la presencia de Dios, sumo acatamiento y respeto á la Santa Sede, y á la jerarquía de la Iglesia. «A su confesor, añade Sigüenza, le pareció tenía buena forma una protestacion de fe que pone Ludovico Blosio en su segundo libro y por allí la hizo»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Desde este día despidió S. M. todos los negocios y otros entretenimientos con que algún rato aliviaba sus dolores: y como Príncipe tan christiano y prudente se retiró á mirar en las cosas de su alma y de la partida, como quien ya había hecho divorcio con todo lo del mundo. En todo el resto que le quedó de vida, jamás se cansó, aunque se cansavan muchos de oyr hablar y leer cosas espirituales y del cielo.» Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por Sigüenza, pág. 680.

<sup>2</sup> «Quiso tambien, como prudente y católico Príncipe, hacer una

Causó también mucha admiración á cuantos asistían á Don Felipe, contemplar aquella su grandeza de ánimo tan levantado que parecía vencer y dominar á la muerte misma, que le amenazaba. Porque aunque la veía muy de cerca, no la temía, sino que la aguardaba con serenidad incomparable y resignación cristiana. Contemplaba maravillado tanta fortaleza Don Cristóbal de Mora, que no se apartaba ni un momento del lecho real; de suerte que solía decir, que trataba el regio paciente en aquellos días tristísimos con asombroso valor y quietud de las cosas más menudas tocantes á su muerte y al entierro; y esto siempre con semblante alegre y gracioso. Y ahora tome la palabra el Padre Sigüenza allí presente, para que declare cómo «muchos días antes que muriesse, mandó (el Rey) á los religiosos que tenían la llave, viessen en secreto el ataúd de su padre el Emperador Carlos V, le midiessen y abriessen para ver cual estaba amortajado, para que le pusiessen á él de la misma manera». Ni este modo de mirar la muerte con ánimo tan grande era cosa nueva, sino que siempre había solido pensar muy á menudo en las postrimerías del hombre. Así, con efecto, hablando seis años atrás, en 1592, con Juan Ruiz de Velasco, mandóle que tirase del cajón de cierto escritorio; le enseñó un Crucifijo y unas velas de Nuestra Señora de Montserrat, y le dijo así: «Acordaos bien para cuando os pida esto, que están en este caxon estas velas y este crucifijo, que fué del Emperador mi padre que murió con él en la mano y así pienso yo morir». Por donde se ha de ponderar, cuán estudiado y sabido tenía D. Felipe el camino del morir, como cristiano»<sup>1</sup>.

muy solemne protestacion de la fe y de cómo moría en la obediencia de la Santa Iglesia Romana y del Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes, y ministros de ella.» El P. Sigüenza en el libro y folio citados. He aquí la protestación de fe compuesta por Blosio y tan predilecta de Felipe II: «Señor Dios mío: yo soy aquel miserable pecador, que tú por tu bondad paterna criaste, y por la afrentosa muerte de tu Unigénito Hijo del poderío del demonio redimiste: tú solo tienes imperio y señorío sobre mí, tú solo me puedes salvar según tu grande misericordia en la cual sólo espero y confío.» Perez de Herrera, en su *Elogio de la vida y muerte de Felipe II*, pág. 151. Valladolid, 1604.

<sup>1</sup> «Como en todo fué tan Rey y de tan alto ánimo este gran Príncipe,

Y con efecto; muy pocos días ántes de espirar, llamó al dicho Juan Ruiz y le pidió los objetos santos que le había mostrado en Logroño, con más dos disciplinas, cuyo uso, muy frecuente, se notaba con solo mirarlas. Tomó en las manos la imagen del Señor y la mandó colgar por dentro de las cortinas de la cama, muy delante de su vista, y encargó, en presencia de su hijo, que en agonizando, se volviese á la misma caja y la guardase como precioso relicario el Príncipe heredero para que se aprovechase de ella, como su abuelo y su padre, en el último día de la vida. Y aquí añade Sigüenza, testigo de tan tristes sucesos: «Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca quando rindieron el espíritu al señor mismo que lo avia dado. A D. Fernando de Toledo encargó guardasse las velas para que le dicesse una cuando fuese hora, junto con el Crucifijo.» Además ordenó Su Majestad en aquellos momentos que labrasen su ataúd, y terminado se lo pusiesen donde lo pudiese ver, dando él mismo la forma y el modelo con la serenidad de quien encarga tal obra para otra persona. «Seguridad grande del alma, apunta el dicho cronista, y señal de la certeza con que partia para su propia pátria.» Y porque se diga todo, la madera del ataúd se sacó de una viga que había sido quilla del galeón portugués llamado *Cinco Llagas* (Cinco Chagas), divisa de nuestra salud eterna. Forróse por dentro con raso blanco, por fuera con tela de oro negra, cruz de raso carmesí y la clavazón dorada <sup>1</sup>.

parece que aún quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. Estábala aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo, lo que á todos atemoriza, que dixera el que via, no era él el que estava tan al cabo, sino negocio de otro... Seys años antes, estando en Logroño, passava á las Cortes de Aragon, que se celebraron en Tarazona, mandó á Juan Ruyz de Velasco abrir un caxon de un escritorio que llevaba consigo, mostróle un crucifijo, etc...» P. Sigüenza en el libro III, páginas 68o y 68r.

<sup>1</sup> «Mandó en estos mismos días hacer su ataúd y que se le traxessen delante, y dava en todo la traza y el modo como si fuera negocio para otro.... Quiso tambien hiciessen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y así encerrado no pudiesse exhalar se algun mal olor.» P. Sigüenza, libro y páginas antes dichos.

## III.

## EL MISMO ASUNTO.

Por todo cuanto se va diciendo, descúbrese bien la grandeza de ánimo, fortaleza y carácter incomparable del Rey Prudente, conforme atrás se deja declarado. De modo, que aquellos postreros días de D. Felipe II vinieron á confirmar y concluir el retrato que de tan gran Rey dejaron los historiadores que le vieron y le conocieron. No fué menor que las ya descritas, aquella escena acaecida en la alcoba real en 11 de Setiembre del dicho año de 1598, dos días ántes que espirase Su Majestad. Porque en tal fecha entraron á despedirse de su señor y padre el Príncipe y su hermana la señora Infanta, y allí postrados recibieron su última bendición, mostrando en los rostros padre é hijos indescriptible sentimiento de amargura y de dolor. «Padre tan querido, escribe Sigüenza, obedecido y respetado: hijos tales, tan obedientes, tan largo tiempo criados, tan tiernamente queridos, duramente se arrancan de las entrañas, si no ablandasse la esperanza viva de tornarse á gozar sin sobresalto de jamás perderse y apartarse.» En tan solemnes momentos el Rey entregó á Fr. Diego Yepes, su confesor, un papel en que iba escrito nuevo discurso muy pensado, profundísimo, de saludables consejos, tomados de los que San Luis, Rey de Francia, dió á su hijo en la postrera hora de su vida. Encargóle mucho que en habiendo él muerto leyese y explicase toda aquella doctrina al Rey su hijo, sin mudar ni quitar nada. Recomendaba con la eficacia de un padre moribundo á sus hijos que no dejasen de leer y escuchar con atención y reverencia aquellas máximas y consejos que tanto él mismo habia recapacitado antes de los escribir, «y por ser, añade Sigüenza, cosa al parecer inspirada del cielo en el corazón de un Rey tan santo.» Dirigidas después breves frases de mucha consolación y enseñanza á su hija la señora Infanta, ambos hermanos serenísimos besaron la real mano del padre, y recibiendo su ben-